

En lontananza. Pareciera que las miradas de los bustos de mármol, metal y piedra estuvieran siempre en lontananza: fijas en un horizonte que difícilmente podemos ver, con una fuerza oracular adherida a sus pulidos ojos sin párpados. Ante la falta de una mirada frontal, hemos aprendido a relacionarnos con los cuerpos escultóricos monumentales desde un plano contrapicado: torcemos nuestros cuellos y reculamos el paso ante tipologías genéricas de próceres, deidades, políticos, reyes y mitos, cuyos relatos pocas veces conocemos y sin repercusión o significado en nuestra vida diaria. Su existencia, y sobre todo en el espacio público, tiene un ancla violenta en la figura triangular compuesta por las pautas de representación, las políticas de la memoria y la conformación de una esfera pública. Si bien lo que se busca es recordar, desde esta construcción hegemónica y ejemplar, el resultado tiende a ser, paradójicamente, la neutralización y el olvido.

*

Una mujer joven entra a una espaciosa habitación plagada de calcos y figuras escultóricas canónicas, aquellas que no pueden faltar en un libro de Historia del Arte. Mas no entra sola; está llevándose a sí misma: con sus manos y el equilibrio de sus pasos, maniobra para arrastrar un plinto coronado por un busto rosa chillón con dos rodetes. Con la minucia y la parsimonia de una montajista veterana, descarga la escultura con su base y la posa al lado de una imponente cabeza griega. Después, junto al busto de un caballo. Y una deidad mexicana. La resguarda dentro de una vitrina, en el mismo estante que otras tres efigies de culturas del lejano oriente. Con sus pulidos ojos sin párpados, la estridente cabeza de plástico transita y se emplaza en el museo, crea nuevas relaciones con los objetos que ahí se encuentran, los acompaña en el taller, se despliega vulnerable, corresponde en sus lenguajes formales, en sus tipologías y en sus materiales. Vuelve muy simple aquello que concebiríamos como algo sumamente difícil: forma parte del acervo, se exhibe y se legitima en y entre la colección. Es museo y es paisaje. Reclama su entidad. Y su lugar.

*

Más que forzar un mecanismo de institucionalización, la obra de Victoria Papagni se posiciona desde lo instituyente. Sin destruir la estructura que sostiene la tradición, la infiltra y la habita desde sus propios preceptos. ¿Acaso los museos no son también espacio público, y las esculturas, superficies de proyección simbólica? En su transitar, el busto móvil narra un nuevo manifiesto; al espacializarse, desmonta las hegemonías del conocimiento. La osadía del gesto instituyente se vuelca en ternura radical, con el objetivo de establecer nuevas relaciones, tensiones, diálogos, aperturas. La mirada del canon se encuentra con las prácticas feministas de uso y apropiación colectiva de los espacios públicos: se instala la discusión y, entre pedagogías y transversalidades, aquel futuro en perpetua lontananza desaparece para que las miradas y los cuerpos, escultóricos y humanos, puedan ocuparse de lo próximo e inmediato.

Tania Puente (Ciudad de México, 1988). Curadora y traductora. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM y Maestra en Curaduría en Artes Visuales por la UNTREF. Colabora con frecuencia en medios especializados de arte, impresos y digitales.